



(Discurso del Embajador D. J. M. Barros)

AL INAUGURAR UNA PLACA CONMEMORATIVA DE PABLO NERUDA

(París, 7 de abril de 1992)

Al igual que tantos muchachos de mi tiempo, leí a Pablo Neruda como adolescente y memoricé sus versos. Más tarde, seguí su vida desde lejos, con admiración y sana envidia. No creo haber conversado personalmente con él con él más tres o cuatro veces; pero dialogué muchas veces con su poesía.

Un día cualquiera, inesperadamente y por personal decisión del Presidente Aylwin, vine a París a sucederle, diecisiete años después de su partida definitiva.

Desde entonces, abrigaba el propósito de rendirle un homenaje duradero, que fuera más allá de las meras palabras y la hueca retórica de los discursos oficiales.

Ha querido el destino que, esta mañana, como Embajador de Chile, pueda llevar a cabo ese propósito. Y, asimismo, que ello ocurra en compañía del grupo de escritores chilenos que ha convocado a París la celebración de "Les Belles Etrangères".

Como verán, la placa que hemos hecho grabar en su memoria recuerda que Neruda representó aquí a Chile como Embajador de la República.

Permítanme una observación.

Desde 1929, año en que comenzó a acoger entre sus muros a los Jefes de Misión de Chile, han habitado esta casa veinte Ministros Plenipotenciarios y Embajadores Extraordinarios : gente de la carrera, diplomáticos de ocasión, políticos, ex-Ministros de Estado, periodistas dirigentes de partidos; algunos rebeldes y otros comprometidos...Uno de esos ocupantes llegó, poco después, a ser Presidente de la República.

Ninguno de ellos tuvo o tendrá jamás la nombradía del poeta.

Al menos en este caso, la poesía ha derrotado a la prosa.

La placa señala , también, que Neruda recibió el Premio Nobel de Literatura. Todos sabemos que, en 1971, obtuvo ese galardón; pero

quiero recordar que al recibirlo de manos del Rey de Suecia, en su discurso citó a Rimbaud: *A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes.* (" Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos a las espléndidas ciudades"). Añadió que compartía esa visión profética y que, aunque el había sido el más abandonado de los poetas cuya poesía fue regional, dolorosa y lluviosa siempre había tenido confianza en el hombre y nunca había perdido la esperanza.

Neruda concluyó ese discurso con palabras que, por ser intemporales, mantienen su validez substancial. Expresó entonces en Estocolmo:

Debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.

Por su irradiación universal, en la placa habría bastado poner, simplemente, que Neruda fue un poeta; pero quisimos dejar testimonio particular de que fue un poeta chileno.

Con ello, creemos haber interpretado su voluntad. En forma inmejorable la expuso él mismo, el día en que, como quien se arranca el alma, entregó a la Universidad de Chile el noble follaje de sus libros y la cristalizada espuma de sus caracolas:

El poeta no puede ser desarraigado, sino por la fuerza. Aun en esas circunstancias sus raíces deben cruzar el fondo del mar, sus semillas seguir el vuelo del viento, para encarnarse, una vez más, en su tierra. Debe ser deliberadamente nacional, reflexivamente nacional, maduramente patrio.

En esa ocasión, cedió al país sus libros más preciados. Pero hay uno que cobijó junto a sí hasta el último día: ése que él había descrito como el libro más grande, más extenso, "ese libro que llamamos Chile."

" *Nunca he dejado de leer la patria. Nunca he separado los ojos del largo territorio* " reveló hace treinta años.

Durante dos años, desde esta casa miró hacia su lejano sur, en sufrida esperanza. Y aquí empezó a morir su propia muerte .

Neruda. Embajador para Chile y poeta de Chile.

Con orgullo y no sin emoción, descubrimos hoy este mármol que perpetúa sus cifras.
